

Candidatura "opera-da"

Pobre Sáenz Peña! ¡Qué lástima de hombre! Ahí tienen ustedes lo que se llama una persona decente, que no le ha hecho mal a nadie, que estaba bien con todo el mundo y que de pronto, se nos hace antipático y cargante, y no lo podemos tragar. Hablar hoy de Sáenz Peña, es como si nos recordaran el aceite de hígado de bacalao, que todos hemos tomado por obediencia filial y por cucharadas, amargando con ese producto escochesa nuestra santa infancia, haciéndola re-pugnante.

Pero ¿cómo puede ser esto? — preguntará el lector asombrado. — ¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha hecho?" — Nada! Absolutamente nada! No es culpa suya. El odio, la animadversión tienen otra causa más poderosa. Todo se explica con pocas palabras. Pocas, pero terroríficas. Son éstas: *Es el candidato del vice*. El aceite de hígado de bacalao ahora me parece un néctar. ¿Por qué? Porque lo comparo con la *pasta divina* sacada del cofre donde guarda el susodicho vice las medias y los discursos.

¿Qué ha sucedido? Lo que era inevitable. Ya lo han visto ustedes. Por de pronto se eligió un viernes, día aciago, para la proclamación de la candidatura. Luego se eligió el teatro de la Ópera, que también está este año de mala suerte. Los que pasaban por la calle de Corrientes, viendo entrar al público con entrada gratis, tomaban una localidad de este mismo precio y entraban también.

— ¿Qué cantan aquí esta noche?

— No lo sé. Dicen que están trinando,

— Entonces será *La Geisha*.

— No, señor. Es *La Getta*.

— Vamos a oírla.

Cada cual se acomodó como pudo en su asiento. No había acomodadores. La escena representaba el conocido salón regio de *La Favorita*. Los personajes estaban vestidos de frac y calzados con zapatos de charol. Mesa al centro ó centro de mesa. Sillas y sillones á ambos lados, dispuestos en forma de herradura. No se toca la herradura. Se toca el himno. Se oye de pie. Despues todos se sientan menos uno que se levanta en el escenario y lee unos papeles.

— ¿Quién es ese? — pregunta un espectador.

— Guerrico.

— Pero, ¡no canta!

— No, señor. Recita. Ya lo oye usted.

— No sé lo que dice.

— Que estamos aquí reunidos en una asamblea para proclamar al doctor Sáenz Peña.

— Pero entonces me han engañado miserabilmente.

— ¿Por qué?

— Esto proclama al cielo! No hay música.

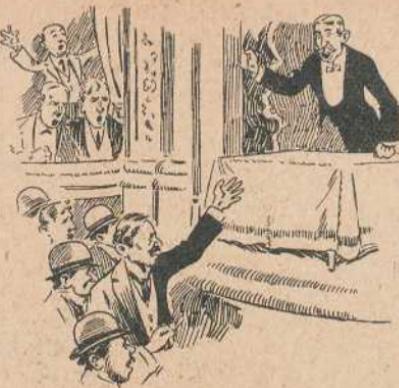
— ¿Cómo que no? Esto es música celestial. Cállese y escuche.

— No me da la gana.

— Pero usted ¡no es sáenzpeñista!

— Yo soy catalán, ¡sabe? de en Barcelona ¡sabe? de Grasia ¡sabe?

— No lo sabía.



— ¡Y sabe lo que digo?

— ¿Qué?

— Que me asombra que va á haber palmas.

Guerrico había terminado. Otro orador se destaca del grupo, y otro espectador viene a preguntar:

— A ese tampoco lo conozco. ¿Cómo se llama?

— Lamarca.

— La marca presidencial?

— Y la señal de la batalla.

Así fué. Desde este punto y hora uno cuantos viejos daban vivas al candidato.

Otros al partido radical. Nunca se oyeron en aquel templo del arte lírico más desafinaciones y aplausos. La claque aplaudía. Otros silbaban. Alguno gritó: "¡Y el P. A. N.?" No hay P. A. N. Hubo *pan francés*. Hablaron cinco oradores, poniendo sus cinco segundos, pero faltó el otro. El sentido común que no estaba en el teatro. El último a hacer uso de la palabra fué el doctor Rodríguez Larreta. La retaguardia.

— Que hable contra la ley de residencia! — dijeron unos.

— ¿Dónde reside la ley?

— En ninguna parte.

— ¡Viva don Hipólito Irigoyen!

De pronto se oyó en las alturas de la galería una voz de tenor que cantaba:

Al ver en la inmensa llanura del mar a Roque Sáenz Peña viniendo hacia acá

— Eso es de *Marina*.

— ¿De cuál? — De la de *Betbeder*?

— No. De la otra zarzuela. De *Mari yo parto*.

— ¡Vámonos!

El público bajó en tropel las escaleras. Aquello fue una tropel. La sala quedó abandonada. La candidatura lo mismo. En el mayor abandono, frente al teatro, estaban los músicos. Un grupo se acercó y a viva fuerza se los llevaron tocando para amenizar de este modo una manifestación improvisada, dando vivas al partido radical.

— Que nos han quitado la banda, exclamaban los autonómistas.

— ¿Cuál? — La presidencial? — La Sáenz Peña?

— La de música.

— Esto es de mal agüero. Y ahora vamos a tocar nosotros?

— ¡Toque pito!

— Yo toco el cielo con las manos. Ahora veremos lo que resuelve el doctor Sáenz Peña, cuando se entere de lo ocurrido. Porque para *début* nos pareció que la obra ha sido extraordinariamente silbada. No sé por qué me figuro que los empresarios a pesar de todo, no la van a retirar del cartel. Y entonces... han que prepararse para otra ovación por estribo.

Así empezó y terminó la proclamación en la Ópera. Fue *operada*. Así empiezan y terminan todas las cosas en que el viento maneja.

EL DEL VERDE GABÁN